

—Jamás he visto a este hombre—dijo sencillamente.

—Tenga usted cuidado, señor alcalde; no trate de enganarme, porque si mente le haré fusilar.

Joly entornó un momento los ojos, como para examinar mejor al detenido y repitió:

—No sé quién es.

El oficial se volvió hacia un viejo sargento:

—Recorra usted el pueblo con este hombre, interrogando a todos los habitantes, sin decirles lo que ha pasado, si alguien le reconoce, fusílelo en el acto, junto a este embustero.

Y señalaba al alcalde, quien se levantó sin decir palabra y siguió a la sección.

Todo el pueblo asistió al trágico espectáculo: los soldados paseaban de casa en casa a aquellos dos hombres, entraban en las habitaciones, interrogaban a las viejas, sentadas en el vestíbulo, a los niños, agrupados en las puertas. Parecía como si en un segundo una orden hubiera recorrido toda la población de Liencourt; nadie conocía aquel Juan Aubert, que había nacido y crecido allí, entre ellos.

Al pasar por delante de una casa de rojas persianas y aspecto alegre, una voccecita fresca y clara, se dejó oír, gritando muy fuerte:

—¡Papá!... ¡Es papá!...

## ¡¡ESCUELAS, HACEN FALTA ESCUELAS!!

Días pasados fui al teatro y como siempre, no faltó el señor que entra a media función de puntillas, eso sí, pero con un crugir de sus lustrados zapatos, luego vino su desfile lento entre las filas de butacas hasta llegar a la suya teniendo que levantar previo el oportuno llamamiento a los abstraídos espectadores, sin que falte el acompañamiento del tableteo en los asientos ¿no es esto para odiar al retardado señor? claro que el pobre no tuvo la culpa de que se prolongase la partida de mus, burro, etc. o de que su señora no este en armonía con la doméstica y discutiendo le retrasase el nocturno yantar; pero ese chirriar de los zapatos, ese tabletear de butacas son superiores a la ecuanimidad de mis nervios y el odio empezó a germinar en mi cerebro.

¿Y que me dicen ustedes de ese señor de la tos explosiva detonante? En la escena se desarrolla uno de los momentos culminantes de la obra, las frases son saboreadas deleitando al público los bellos pensamientos en aquel preciso momento; el *cros, cros* de la tos perruna nos impedirá oír y no es que deba toser antes ni después, en cualquier momento su desagradable sonido nos privará de oír y aquello que no oímos nos parecerá lo mejor y que nos lo hemos perdido!

No os molestéis en protestar con viseos, el desconocido de la tos terrible seguirá dando sus falsas explosiones de motor de gas pobre con perfecta regularidad.

Cuando ya mis nervios estaban en su tensión máxima y dudaba entre atacar al catarroso o mandarle cariñosamente a la cama, cayó el telón.

Salió a fumar un pitillo, llevaba la boca pastosa y aun seguía sonando en mi cerebro como una pesadilla los toques de claxon de la terrible tos.

Al volver a la sala mi sorpresa fué enorme; bajo el dosel de los palcos, junto a la tibia del radiador, un nutrido grupo fumaba a todo meter sin que faltase el fumador de cachimba, ese mal oliente artefacto, almacén de nicotina de horrible aspecto que parece hará saltar los dientes con el peso de su horadada porra.

Y una niña, loca de alegría, riendo y llorando a la vez, se lanzó hacia el acusado.

Mi padre, pues ya habréis adivinado que yo era la niña, vaciló, me iba a rechazar, pero no pudo, y abríame dome sus brazos me estreché con todas sus fuerzas.

Cinco minutos mas tarde, colgada al cuello de mi madre, que sollozaba, y después de haber visto como los soldados se llevaban a mi pobre padre oímos varios disparos de fusil muy cerca de nosotros y la pobre mujer gritó, desde el fondo de su alma:

—¡Le han matadol... ¡Todo acabó!

Pero los disparos se prolongaban; después sucedieron algunas descargas; al fin, las detonaciones se oyeron aisladas, y de repente oímos, como canción cercana y alegre de un mensajero de victoria, el sonido de los clarines franceses.

—¡Los franco tiradores—se oyó gritar por las calles—han rechazado a los alemanes! ¡Nos han salvado!

—¡Ay!—exclamó mi madre—, ¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!

En aquel momento se oyó ruido en el umbral de la puerta y una sombra se movió en él; me volví y vi a mi padre que entraba.

Sus camaradas le habían salvado a tiempo; pero yo no olvidaré que por un momento le condené a muerte.

Un momento me indignó su descortesía y desentado de fumar en la sala, pero luego pensé en que para algo están los acomodadores. ¿Ustedes creen que están para señalarnos el sitio de nuestra localidad? Nada de eso, yo he ido bastantes veces y he tenido que acomodarlos solo; lo que resulta incómodo; hay que ir mirando fila por fila, luego sin señalar con el dedo, que sería expuesto a contratiempos, contar las butacas y todo un poco azarado, interiormente, ante las miradas curiosas de los que nos rodean ¿pero si acomodasen los acomodadores, quienes iban a estar arimados a los radiadores de la entrada? pretender otra cosa es pedir golterías, los acomodadores a los radiadores y cada cual que busque su sitio y el que tosa a la cama.

Bien pues algo parecido es lo ocurrido con los que fumaban, el que los viese los censuraría duramente estoy seguro que la peor parte de la misma sería para él de la cachimba.

Ustedes quizá piensen que esos fumadores eran culpables; allá en su fuero interno los han hecho reos y los han condenado por su falta, sin embargo tienen alma de héroes ¡miren ustedes que fumar con lo malo que es el tabaco y hasta en cachimba!

Claro que allí hay colgado un cartelito, que como las antiguas imágenes de las viejas hornacinas, tiene su lamparilla votiva y todo, pero hay que leerlo. ¿Y sabían leer los fumadores aquellos? yo creo que no, de haber sabido leer no hubieran fumado, pues parecían buenas personas, llevaban corbata y discutían como verdaderos críticos sobre la obra que se representaba.

No, no sabían leer, su falta era de cultura, por eso es necesario aumentar el número de escuelas, necesitamos escuelas, muchas escuelas, para que no se repita el caso de ver fumar en un teatro a unos señores que usan corbata y lo que es más terrible ¡en cachimba!

LOHENGRIN

## ESCUDRIÑANDO

De nuestro corresponsa

¡Pasaren las fiestas, que en holocausto a su Rey, el pueblo organizó. La gran urbe descolgó las galas «rojo y gualda» que durante cuatro días, cubrieron las balaustradas de los balcones.

En fraternal abrazo se unieron las Enseñas Regionales; que con altivo flamear pasaron las calles de la Villa, recogiendo los aplausos incesantes que manos femeninas y nacaradas con frenético ardor; hubieron de tributarles a su paso.

Los somatenes, que en dos filas, se extendían a lo largo de la calle de Bailén, las secciones de la Escolta Real y Alabarderos, que en policroma muralla, impedían el acceso a la puerta del Principe; la enorme muchedumbre, a duras penas contenida por la rigidez de los de seguridad, la apretada masa de regidores, somatenes y representantes de la Unión Patriótica, que llenó a Madrid, desde el más pomposo hotel, al más modesto hospedaje; todo, en fin, ha desaparecido.

Rendido su tributo de admiración y desagravio a sus Soberanos, y su incondicional adhesión al Directorio, nada les detenía ya en Madrid. La nostalgia del pueblo los apremió y marcháronse. Allá, les esperaban ansiosos los hijos, la mujer, la tierra, la fábrica, el ganado, el comercio, la mina... Había que continuar haciendo Patria.

Paréceme verlos. Unos, en sus hogares, sentados con sus hijos al patriarcal calor de las teas' iluminando los infantiles corazones con la realidad de un cuento...

«Nuestro Rey, es un señor joven, simpático; trabajador; es nuestro hermano porque es español como vosotros, como lo es vuestra madre, como lo soy yo; quiere a nuestra España, como vosotros a madre, como todos tenemos que quererla, y a nosotros, como a sus hijos como os quiero...»

Otros, diseminados por las oficinas, por las calles, por el campo, en el café, etc. serán heraldos de las excelencias de la Corte; la cariñosa acogida dispensada por nuestro Rey, demócrata, valiente y bueno; las sinceras palabras de nuestro Presidente, que abandona el traje de campaña, para unirse a vosotros, en la insuperable manifestación que al Jefe supremo del Estado terminais de tributar, y seguidamente, en un amplísimo teatro de la calle de Atocha; os rinde cuentas; no como pasados gobiernos, que esperaban hacerlo ante las Cortes, falsa representación del país; sino ante el país mismo, ante los españoles, que lo son de verdad, ante los que le acogieron con los brazos abiertos el imborrable 13 de Septiembre y que después

de escuchar la sincera oración en que resume la labor del Directorio durante quince meses, con vivas A España, al Rey y al Directorio, le rogais continúe su tarea salvadora, al frente de ese Gobierno de hombres probos, que cuando el peso de sus canas les invitaba a recogerse en la paz familiar, tienen que aprestarse a incorporarse a las filas, porque su pundonor y recio temple, no les permitió ser testigos del derrumbamiento que amenazaba a España.

El homenaje que terminais de tributar al Soberano, no tiene precedentes en nuestra historia.

La sensación de solidaridad, de armonía y de poder, que nos dejó, la nutridísima representación de las cuarenta y nueve provincias españolas, pone de manifiesto, la confianza absoluta que la Monarquía inspira al pueblo español; la ciega convicción en la reconstitución de España por el Directorio Militar; y la malvada senda, por que fueron conducidas las distintas regiones por los magnates de la vieja política.

Sus consecuencias; están resumidas en las palabras postreras que el Conde de Valdelella, en el discurso del día 23 del actual, en el Monumental Cinema dirige al general Primo de Rivera «Si fracasais, señor Presidente, no habrían fracasado unos hombres, sino que sería España entera la que fracasase, y yo, como español, tengo fé en mi Patria».

MIGUEL DE AROM

Madrid 29 de Enero del 25.

## UN NUEVO ANGEL

El día 30 del actual, a los dos años de edad, dejó de existir la preciosa niña Herminia Alvarez Martínez.

Mas que morir fué que se durmió, y dormida sus amigos los ángeles se la llevaron al cielo.

A la conducción del cadáver asistió numerosísimo público, prueba de las muchas amistades con que cuenta en Albacete la familia de Alvarez.

El coche fúnebre llevaba una bonita corona recuerdo de sus padres.

A sus desconsolados padres don Antonio y doña Juana, así como a su tío nuestro particular amigo don Manuel y demás familia, nuestro más sincero pésame.